
9-8-2020

Las vacas duermen de día

Laideliz Herrera Laza

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Herrera Laza, Laideliz. 2020. Las vacas duermen de día. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 10-11.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.5>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/7>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Laideliz Herrera Laza

Las vacas duermen de día

Tengo dieciocho años y no he logrado vencer el miedo a las vacas. Ignacio quería que huyéramos juntos, lejos de los límites de nuestros predios. Ese día, cuando se vio libre, caminando por el campo, y se volteó para invitarme a seguirlo, yo había llegado al borde de la cerca. Estuve a punto de saltar, pero no lo logré.

En la aldea, desde pequeños, nos llevaban al límite para decirnos que, si cruzábamos, un grupo de vacas malditas que vivían del otro lado nos podrían destrozarnos. Ignacio siempre pensó que mentían. Planeaba que nos fuéramos a explorar las montañas que veíamos tan lejos, a llevar una vida diferente del hastío de aquella tierra con limitaciones, en fin, recorrer el mundo. Yo insistía en que antes debíamos de estar seguros, pero él trataba de convencerme y me preguntaba si las había visto.

Una vez le contesté que pude ver la sombra de una de ellas pastando en el campo. Se burló. Me puse tan furiosa que terminamos discutiendo. Preguntó si iría corriendo a contarle a mis padres o a los suyos o a la gente del pueblo. Me eché a llorar. Se exacerbó en mí el temor de verme recorriendo toda la vida los mismos lugares, y llevando a mis hijos hasta la cerca para inculcarles el miedo hacia unas vacas invisibles que consume cada día a la gente que no se atreve a cruzar.

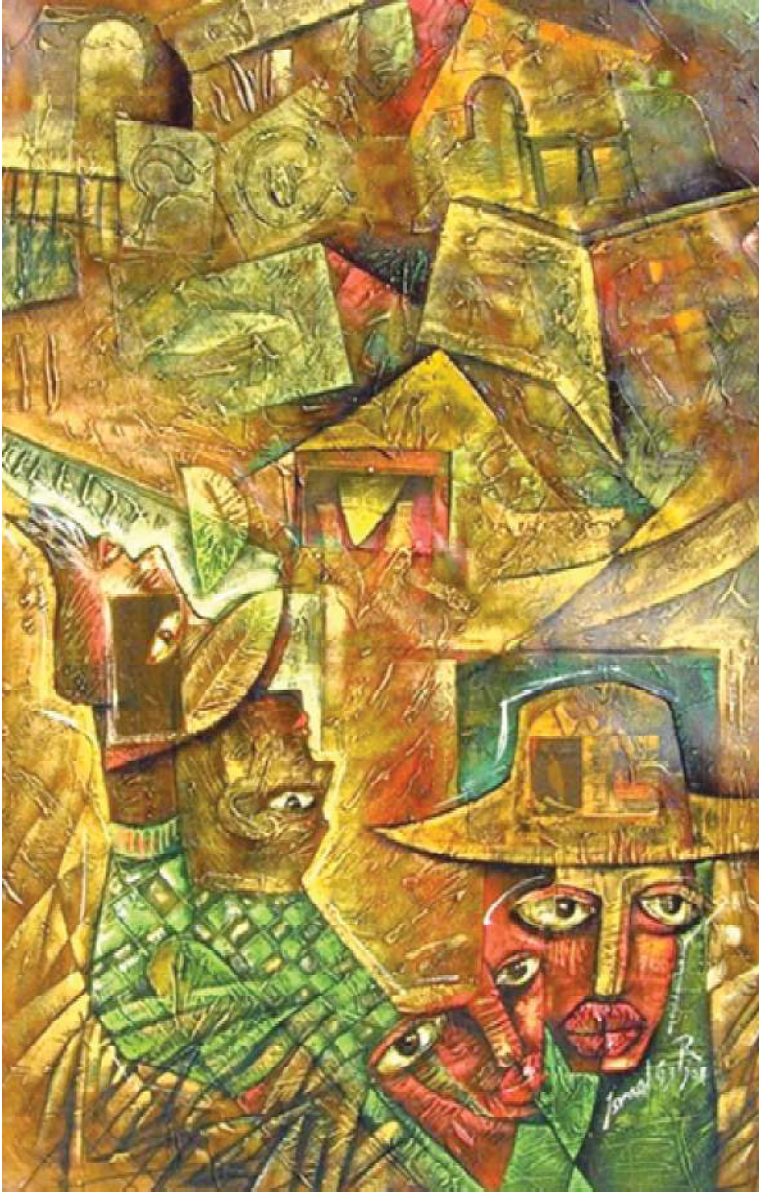
Pasaba el tiempo y la idea de la cerca estaba volviendo loco a Ignacio. Había perdido el sentido del humor. Solo hablaba de irse, de no importarle el peligro de allá afuera, de que iba a morir si no lo hacía, de que la gente del pueblo ya estaba sospechando.

Me sentí culpable por insistirle sobre la probabilidad de que fuera cierto lo que nos decían. Yo hubiese contado sus planes si era preciso para que no le pasara nada allá afuera, pero tenía razón, si se enteraban podrían volverse salvajes, como aquella vez que, aunque yo era muy pequeña, recuerdo la algarabía de la gente pidiendo que Manuel fuera castigado. Debían evitar a cualquier precio que alguien más se expusiera al peligro de las vacas. Recuerdo la golpiza que le dieron sus padres frente a todos los del pueblo, mi madre explicándome que el castigo era necesario para evitar un mal mayor, Manuel tirado en el suelo, sin moverse. Desde entonces, nadie más cuidó del lugar, estaban seguros de que el escarmiento había sido suficiente.

Una noche, en la que se me hacía imposible dormir, fui hasta la cerca. Me senté a valorar las posibilidades reales que teníamos de cruzar y hasta dónde podría ser mentira lo que nos



Cortesía de Israel González Rivero



habían inculcado. El fresco de la noche aliviaba mis penurias. El olor a hierba húmeda me hacía sentir viva, y eliminaba la sensación de peligro.

Al rato la voz de Ignacio se confundió con el lejano mugido de las vacas acercándose a toda carrera. Sentí los gritos de Manuel tratando de explicar que se le había caído la pelota del otro lado de la cerca. También la voz de mi madre alertándome. Lloré.

Cuando desperté, Ignacio me estaba contemplando. Me había traído un suéter azul claro para abrigarme. Hacía frío, aunque el sol ya coloreaba el paisaje. Se veía tranquilo, sosegado. Dijo que se iría, pasara lo que pasara. Quise contarle del sueño, pero callé. No quería seguir importunando sus deseos de ser libre. Me pidió una vez más que huyéramos juntos, pero soy demasiado cobarde para asumir tal aventura. Nos paramos y nos dimos un abrazo fuerte, como si fuera el último.

Sabes que no regresaré, dijo con pesadumbre. Le puse mi dedo índice en los labios para que callara. No quería sentir otra vez deseos de echarme a correr y alertar a todos para que lo atraparan. Le sugerí esperar a la noche. Aunque no vigilan la cerca, no deja de ser peligroso. Por las vacas, agregué. Negó con la cabeza, y me susurró al oído: las vacas duermen de día. Nos echamos a reír. Me alegró que volviera a recobrar su sentido del humor.

Comprendí que no hay otra manera de ser feliz que no sea hacer lo que quieres, aunque te cueste la vida.

Ignacio cruzó la cerca. Yo me quedé parada para avisarle de cualquier peligro. Mientras se alejaba, me arrepentía por no acompañarlo. Se detuvo. Se dio la vuelta y me hizo señas para que huyéramos juntos. Corría de un lado a otro tratando de demostrarme que no pasaría nada. Su pelo se despeinaba con el aire. La libertad lo envolvía. Me sentí dispuesta a cruzar y llevar a cabo los planes de vivir nuestra propia aventura. Le alcanzaría. Correríamos hacia las montañas olvidando las vacas con las que nos habían torturado todo el tiempo. Me entusiasmé tanto que, cuando me di cuenta, había trepado.

Era la primera vez que veía el paisaje sin el velo cuadriculado de la cerca. Desde la altura escuché un sonido que se iba acercando al tiempo que comenzaba a temblar la tierra. Logré bajarme antes de que el temblor me tirase al suelo. Busqué a Ignacio con la vista para gritarle que regresara porque algo estaba pasando, pero no lo vi. Solo se escuchaba una carrera de muchas patas enfurecidas arrasando con todo al otro lado, aunque, al mirar, el paisaje se mantuviese idéntico.